

DESPERTAR

En el paisaje del suspiro
se tensan las campanas de la aurora
y el sueño de la brisa
va tocando los nidos de la noche
para que salte el vuelo de la luz.

El balcón de los párpados
levanta sus persianas
para mirar el día.

Y estamos nuevamente vivos
como el poema de una flor.

PARA UN RETRATO DE NIDIA GIORGIO DE MEDICIS

Como una rama de otoño
la sombra azul de tu brazo.
En tus dedos de rocío
arde la luz del cigarro.

Tienes el nombre de Carmen
en la fresa de tus labios.
La luna de tu mejilla
parece un perfil gitano.

Tu pelo—negra cascada
para el cuenco de las manos—

La lumbre de la guitarra
te está quemando y quemando.

MANUEL PACHECO

RECUERDOS

LEJANIAS CORDOBESAS

ALTO, moreno, Julio Romero de Torres era una mezcla de gitano andaluz y príncipe moro. Hablaba pausadamente, con marcado acento cordobés. Cuando lo conocí, por 1924, su fama andaba ya en canciones desde años antes. En una de ellas, se decía:

«El pincel de Romero de Torres
mi figura a los lienzos llevó.
Soy la maja moderna, española,
de la tierra del vino y el sol».

Mi trato con el gran artista se inició en su estudio de Madrid, al que fui varias veces para acompañar a la que entonces era mi novia y hoy es mi mujer. Estaba pintando un retrato de ella y otro de su íntima amiga Dolores Jaraba, hija de los Condes de Casa Valiente, que también venía con nosotros a posar. Las amigas, ambas de gran belleza, eran dos tipos diametralmente opuestos: mi novia, morena; Dolores, rubia. No hay que decir que pintaba con mucho más gusto a la primera que a la segunda, porque aquella era el tipo clásico de las mujeres de sus cuadros y ésta no encajaba para nada en su pintura. Pasó verdaderos apuros pintando el pelo rubio y el cutis blanco de Dolores, y no quedó bien el retrato. Ya lo decía él:

—Usted, Doloritas, me está haciendo sudar. No se ofenda; pero su amiga Julia se pasa ella sola al lienzo; a usted, tengo que pasarla a la fuerza.

Los retratos eran de tamaño y factura semejantes. A Dolores le puso una rosa en las manos; a Julia, un libro:

—Como su novio es escritor— le dijo cuando la estaba pintando,—le pondré a usted un librito, en las manos. Si luego no se casan—agregó en broma—, trae el retrato y le pondremos otra cosa.

Los fondos de ambos cuadros eran casi iguales: campos de lejanías cordobesas, bellísimas lejanías cordobesas, bajo cielos suaves.

Tenía Romero de Torres su estudio en el pabellón del jardín del palacete que era entonces del famoso odontólogo doctor don Florestán Aguilar y que hoy pertenece a la Sociedad General de Autores de España, en la calle de Fernando VI. Ví allí muchos cuadros del gran pintor, entre ellos la famosa alegoría del cante jondo. Mu-

jeros morenas, de ojos profundos, resaltaban siempre sobre las lejanías cordobesas. En la mirada del pintor y en su gesto nostálgico, parecía que también afloraban las mismas lejanías, que sin duda iban muy dentro de su alma.

En el estudio coincidí varias veces con Carmen Moraga, la bellísima artista, entonces en la cumbre de su fama, a la que le estaba pintando un retrato. Un día, al marcharse ella, comentó Julio Romero:

—Estas mujeres de teatro son insaciables. Con todo lo guapa que Dios la ha hecho, quiere que yo todavía mejore la obra de Dios. Tiene bastante con esa belleza para llegar muy alto en muchos caminos. Ya sabe usted que se dice...»

El comentario lo hacía conmigo a solas, mientras mi novia se preparaba para posar. La llegada de ésta, cortó la frase. Años después se habló de que había llegado a la máxima altura y que no supo estar luego a tono. Cartas y noticias divulgadas por ella durante la República, probaron lo último.

Terminados los retratos de mi novia y de su amiga, vi varias veces, de tarde en tarde, en algún café, a Julio Romero de Torres, que murió joven, en su natal Córdoba, a las doce de la noche del domingo, 11 de Mayo de 1930.

Versos y tonadillas cantan el recuerdo del más representativo pintor español del siglo XX.

«Julio Romero de Torres
pintó a la mujer morena...»

Eso canta una copla, y esto se dice en otra:

«Puentecito, puentequito,
puente de San Rafael,
dime por qué caminito
te lo has llevaído,
para no volver.

¿Dónde está Julio Romero?

¿Dónde esta? ¿Por qué se fué?»

En Córdoba, un museo con sus cuadros, testimonia al mundo su creación genial. Yo tengo en mi casa, para recordar a Julio Romero de Torres y transportarme a los juveniles días de nuestra amistad, el retrato de mi mujer, plena de belleza y juventud, sobre el fondo suave de las hermosas lejanías cordobesas.

MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO
Conde de Canilleros y de San Miguel

HIPERESPACIO

Voy rumiando en los ojos
el verde de los campos
entre líquidas nubes
con el sabor salado
y rastros en brasa
con sangre de lagartos.

Tengo en dos dimensiones
un paisaje pintado.

Me duele en las entrañas
un dolor de mal parto;
tiendo lejos la vista
buscando y más buscando
y una congoja rompe
mi pecho acongojado.

Tengo espacios vacíos
en largo y hondo y ancho.

Estoy tendido ahora
dormido en el regazo
de la tierra caliente:
junto a Dios y soñando.

Me nace una sonrisa
con un verso en los labios.

Mi dimensión ahora
sólo mide a lo alto.

JOSE CANAL